

Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

2. Fundamentos de una espiritualidad de comunión





**“TÚ EN MÍ, YO EN TI: NOSOTROS”.
FUNDAMENTOS DE UNA ESPIRITUALIDAD DE
COMUNIÓN**

*Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos
sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has
enviado (Jn. 17, 21).*

INTRODUCCIÓN

Para una reflexión más profunda y provechosa, este artículo va a tener tres apartados. El primero se dedicará a fundamentar teológicamente la ‘espiritualidad de comunión’, porque vivir en comunión no pertenece tanto al orden psíquico como al espiritual: hay que destacar que el verdadero fundamento radica en la *unidad en la Trinidad*. En el segundo se tratará lo que el Espíritu quiere decirles a las comunidades. Sirviéndonos del *Libro del apocalipsis*, se destacarán los obstáculos que dificultan, e incluso impiden, vivir la comunión. El último tiene que ver con el famoso dicho: “Viven sin conocerse”, donde se insinuarán algunas pistas para vivir en espíritu de comunión. Cerrarán esta colaboración algunas conclusiones.

Desde hace algún tiempo, existe la preocupación en la Iglesia, y en la vida consagrada en particular, de vivir una vida cristiana con profunda espiritualidad. Se

nos exhorta a beber de la misma fuente para poder crecer espiritualmente en comunión con los hermanos. Así lo expresaba ya la exhortación apostólica *Vita consecrata*:

La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica (VC 93).

Esta reflexión va a tener, como telón de fondo, un texto bíblico y un texto doctrinal. Por lo que respecta al primero, se trata de la oración sacerdotal de Jesús:

Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21).

En cuanto al segundo, nos ayuda la reflexión de san Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión” (NMI 43). Parafraseando al Papa, podríamos decir que ha llegado la hora de hacer de nuestras comunidades agustinas recoletas escuelas de comunión. Es el reto que nos ha marcado el papa Francisco en el último Capítulo General:

Queridos hermanos, los invito a mantener con espíritu renovado el sueño de san Agustín de vivir como hermanos “con un solo corazón y una sola alma” (reg. 1, 2), que refleje el ideal de los primeros cristianos y sea profecía viviente de comunión en este mundo nuestro, para que no haya división, ni conflictos, ni exclusión, sino que reine la concordia y se promueva el diálogo¹.

¿Qué significa todo esto para nosotros, los agustinos recoletos? ¿Cómo podemos concretarlo? Tenemos que poner en marcha, como fundamento, una espiritualidad de comunión en todas nuestras comunidades. Todos los seres humanos estamos llamados a una espiritualidad de comunión; pero, aún más, los consagrados, ya que nuestra consagración nos exige encarnar una vida de comunión, debido a que estamos llamados a vivir según el Espíritu, como señala *Vita consecrata*:

Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por él a Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia (VC 93).

Esta es la clave para vivir en cada una de nuestras comunidades una espiritualidad de comunión, explanando ese proceso de cristificación. Por nuestra consagración, cada uno vamos creciendo como memoria plástica de Cristo. Es por ello que cada uno de los religiosos somos responsables de crecer en la vida espiritual. Urge nacer de nuevo, pero, eso sí, nacer en el Espíritu para vivir según el Espíritu.

¹ Papa Francisco, “Mensaje a los participantes en el Capítulo General de los agustinos recoletos”: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa_

Este tiempo de cambio para la Orden es una oportunidad para nacer de nuevo en Espíritu y verdad y desarrollarnos bajo las mismas directrices, aunque muchas veces nos cueste entenderlo, como le ocurrió a Nicodemo (cf. Jn 3, 1-8). Pienso que todo este proceso de reestructuración y revitalización nos empuja a recrear nuestras comunidades: si realmente nacemos de nuevo, podremos fomentar una espiritualidad de verdadera comunión.

I. FUNDAMENTO TEOLÓGICO

No se puede fundamentar la vida comunitaria solo en la base social, ni reducirla a simple encuentro entre personas consagradas. Tenemos que conocer con claridad cuál es su puntal, que no es otro que el corazón mismo de la Trinidad, que habita en cada uno de los que integramos la familia recoleta: es un proyecto divino de comunión.

a) Originaria unidad en la diversidad

Partimos de la creación, es decir, del momento en que Dios Padre decide crear el mundo y al hombre en él. En este su proyecto creativo ya estaba presente la comunión, la unidad: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18), y por eso le puso una compañía. San Agustín, en su libro *Ciudad de Dios*, comenta:

Dios decidió la creación de género humano a partir de un solo hombre para inculcarle cuán grata le es la unidad de los muchos (ciu. 12, 22).

Dios nos ha inculcado lo agradable que es vivir en unidad o en comunión; es más, el Padre creó al hombre para asociarlo a su comunión divina². Este proyecto de unidad se vio truncado por el pecado; mas, a pesar de él, Dios nos ha llamado, por su gracia, a la adopción, a ser un pueblo de hijos, en el que todos somos hermanos. Si queremos reconocer a Dios como Padre, el primer paso consistirá en sentir a los religiosos como hermanos; si no los reconocemos como tales, estamos muy distantes del plan de Dios. Cabe destacar en este momento que un significado y una base primordial de la espiritualidad de comunión es la de tener esa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, idea en la que profundizaremos más adelante.

Ser parte del pueblo de Dios está muy unido a la comunión (unidad). Como dice san Agustín: “Si hay unidad, hay pueblo, sin ella, lo que existe es una turbamulta” (s. 103, 4). Podríamos afirmar que el objetivo de la creación del género humano se cifra en la unidad de los hombres, una unidad expuesta a los vaivenes de nuestras rupturas y de nuestras reconciliaciones.

² “Pero plugo a Dios llamar a los hombres a la participación de su vida no sólo en particular, excluido cualquier género de conexión mutua, sino constituirlos en pueblo, en el que sus hijos que estaban dispersos se congreguen en unidad” (AG 2).

Con respecto al Hijo, en vista de que esa unidad se rompió por decisiones humanas, Dios quiere recuperarla sobre una nueva base, que es su Hijo, quien, además de ser hombre, es Dios:

La común filiación divina pasará a ser vínculo que funde la nueva comunión entre los hombres. Esta comunión, aunque se ajusta a la naturaleza del hombre, no será ya fruto de la naturaleza –de la creación–, sino de la gracia –de la recreación–; antes que logro humano, será don de Dios; antes que un hecho moral, será un hecho teológico. La iniciativa es divina, la realización también divina. Pero el hombre tiene también su tarea: aceptar la oferta que se le hace³.

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* nos recuerda que Jesús, el Hijo de Dios, es el nuevo Adán: si por culpa de Adán se ha roto la unidad, gracias al Hijo de Dios, el nuevo Adán, se ha recuperado⁴. Nosotros, los consagrados que hemos sido seducidos por Jesús y lo seguimos en pobreza, castidad y obediencia, tenemos que ser memoria viviente de Jesús y, siendo su memoria, comprenderemos más profundamente nuestra espiritualidad.

Las personas consagradas que son atraídas por la belleza de Jesús –“Eres el más bello de los hombres” (Sal 45, 2)– caminan junto a él para entregar la propia vida por él, como él, sin reserva, con el fin de ser esa memoria viviente del mismo Hijo. Esto les permitirá generar espacios de unidad en el Hijo y con el Hijo, porque sabemos que el único que nos une es el Hijo, y solo por él tenemos que ir a los hermanos.

Y, además, nos gozamos de vivir en comunidad. Es Jesús nuestro único motivo para crear comunidad; es él el epicentro de nuestra vida fraterna. Cuando Jesús está en medio de nosotros, es el motor y motivo de nuestra fraternidad. Se produce gozo y alegría en las comunidades y se hacen vida las palabras del salmista: “Ved qué dulzura y qué delicia convivir los hermanos unidos” (Sal 132, 1). Es esa dulzura de sentirse hijos en el Hijo y hermanos de cada uno de los consagrados que forman la comunidad.

En cambio, cuando Jesús está ausente de nuestras comunidades, perdemos el sentido de nuestra vida religiosa y, además, nuestros hermanos pueden morir, como sucedió en el hogar-comunidad de Betania, donde Marta le atribuye a la ausencia de Jesús la muerte de Lázaro: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano” (Jn 11, 20). En nuestras comunidades, si no está Jesús, a nuestros hermanos les puede pasar como a Lázaro. ¡Ojalá nunca saquemos a Jesús de ellas!

³ P. de Luis Vizcaíno, *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*, Ciudad Nueva, Madrid 2013, 15.

⁴ “En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22).

El mismo Jesús nos muestra cuál es el camino para la comunión. Resulta difícil de comprender, pero es la realidad: la comunión, la vida fraterna, pasan por la cruz, por la negación de uno mismo y la confirmación de los hermanos como personas.

Por lo que concierne al Espíritu Santo⁵, nos gustaría abrir este apartado con una cita del documento *Caminar desde Cristo*, que sirve de enganche con la reflexión anterior:

Debemos dejar que el Espíritu abra abundantemente las fuentes de agua viva que brotan de Cristo. Es el Espíritu quien nos hace reconocer en Jesús de Nazaret al Señor (cf. 1Co 12, 3), el que hace oír la llamada a su seguimiento y nos identifica con él: “El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo” (Rm 8, 9). Él es quien, haciéndonos hijos en el Hijo, da testimonio de la paternidad de Dios, nos hace conscientes de nuestra filiación y nos da el valor de llamarlo “Abba, Padre” (Rm 8, 15). Él es quien infunde el amor y engendra la comunión (CC 20).

Muy claro lo expresa este documento: el Espíritu engendra comunión. Este mismo Espíritu libera al hombre del narcisismo subyacente en los seres humanos y lo hace capaz de generar unidad, armonía y fraternidad. Podemos ver en las primeras comunidades que, después de la muerte de Jesús, hombres y mujeres estaban escondidos, muertos de miedo, por lo que había sucedido con el Hijo. Pero ahí irrumpe el Espíritu Santo y los libera de todos esos miedos, propiciando alegría, armonía, paz, entendimiento, comprensión de diversas lenguas... Crea unidad en la diversidad, de modo que comprenden a pesar de hablar lenguas distintas. Deseamos que esta irrupción del Espíritu ocurra en la nueva realidad de nuestra Orden: ¡Que surja en nosotros un nuevo Pentecostés!

⁵ “El Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en la Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la armonía. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Un padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo *ipse harmonia est*. Solo él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia. Caminar juntos en la Iglesia, guiados por los pastores, que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo; los caminos paralelos son peligrosos. Cuando nos aventuramos a ir más allá (*proagon*) de la doctrina y de la comunidad eclesial, y no permanecemos en ella, no estamos unidos al Dios de Jesucristo (cf. 2Jn 9). Así, pues, preguntémonos: ¿Estoy abierto a la armonía del Espíritu Santo, superando todo exclusivismo? ¿Me dejo guiar por él viviendo en la Iglesia y con la Iglesia? (Papa Francisco, “Homilía. Domingo 19 de mayo de 2013, día de Pentecostés”, 2: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130519_omelia-pentecoste.html).

Todos sabemos, y nos lo ha recordado el Papa por si acaso, que la novedad siempre infunde miedo⁶; pero también nos dice que debemos vencerlo para que podamos comprendernos y hagamos realidad el lema de ser *creadores de comunión*, aunque algunos tengan que hablar otras lenguas, lo que no es, ni debe ser, obstáculo para la comunión. Que esas lenguas como de fuego excluyan el desencuentro y las diferencias culturales, y, además, que, en estas nuevas realidades provinciales, demos lugar más bien al encuentro, a la apertura, a la novedad y al diálogo entre la diversidad. Ha de desterrarse el nacionalismo y el tan traído y llevado provincialismo. Deben difuminarse las barreras entre una provincia y otra, primando el sentido de Orden. En otras palabras, pertenecientes al cardenal Van Thuan:

El Espíritu nos invita a vivir la comunión no solo como don, sino como repuesta y adhesión por parte nuestra; no solo como participación espiritual en el misterio unitrino de Dios, sino en la concreción de la comunión interpersonal, de modo que se realice un nuevo Pentecostés de la Iglesia⁷.

¡Que el Espíritu Santo imprima a la Orden un sello de libertad para que esta responda al principio de comunión de aquel, vínculo que aúna al Padre y al Hijo!

Cierro este acercamiento pneumatológico con algunos interrogantes del papa Francisco que nos darán que pensar:

¿Estamos abiertos a las ‘sorpresas de Dios’? ¿O nos encerramos, con miedo, a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta?⁸.

¿Seguimos añorando nuestra provincia? En nuestra mente y en nuestras comunidades, ¿se continúa hablando de que hubiésemos preferido esta provincia u otra, o de que nos sentimos insatisfechos de cómo hemos quedado estructurados?

b) Arcilla dispuesta a ser moldeada

Tras esta breve reflexión sobre la base comunitaria trinitaria que ha de sustentar nuestra unidad, pasamos a la praxis en nuestras comunidades locales. Sabemos que alentar vida fraterna o crear comunidad es don de Dios⁹; pero es también tarea de cada uno de los consagrados. Tenemos que partir de la comunión de los hermanos para encaminarnos a la comunión de la Trinidad. Muchas veces recorreremos el orden inverso: pretendemos tener una comunión con la Trinidad para que esta derive en

⁶ “La novedad nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos” (Papa Francisco, “Homilía, domingo 19 de mayo... 1).

⁷ F. X. Nguyen van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva, Madrid 2001, 175-176.

⁸ Papa Francisco, “Homilía, domingo 19 de mayo... 1.

⁹ “La comunidad es así tarea continua de edificación y esfuerzo por superar los conflictos con la ayuda del Espíritu, sin dejarnos descorazonar ante ellos, sino sobrellevando mutuamente las cargas, y soportándonos unos a otros por amor” (*Const.* 18).

la comunión de los hermanos. Recordemos entonces lo que dice san Juan: “Quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso” (1Jn 4, 20). Hemos de amar a los hermanos para poder amar así a Dios: la comunión de los hijos adoptivos de Dios es la comunión de los que forman una comunidad, un carisma en nuestro caso, ya que sin unión no existiría comunidad, fraternidad.

Se precisa tomar conciencia de que cada uno de los hermanos es imagen de Dios, hijo en el Hijo, templo del Espíritu Santo. Muchas veces esta realidad –en cada uno de nosotros vive la Trinidad– la perdemos de vista. Conviene traer a colación nuestras *Constituciones*:

Ama al hermano. Porque si amas al hermano a quien ves, en él mismo verás a Dios; ya que verás al mismo amor, y dentro del amor habita Dios (n. 14).

Y unos números más adelante topamos con un párrafo que no tiene desperdicio alguno:

Los hermanos en la comunidad ámense como hijos de Dios y hermanos de Cristo, honrando recíprocamente al Espíritu Santo, de quien son templos vivos; entréguese a sí mismos y todo lo suyo al servicio del amor; sopórtense y perdónense mutuamente; practiquen con delicadeza la corrección fraterna y recíbanla con humildad, y ayúdense unos a otros con sus oraciones ante Dios (Const. 17).

Con este texto podemos afirmar que la Trinidad es el origen y fuente de la comunión. Si vivimos esa espiritualidad de la comunión, manifestaremos al mundo la presencia misma de la Trinidad, porque proclamamos con la vida la comunión de Dios. Es por eso que somos signos y profecía de este misterio de comunión.

Para ser signo y profecía en el momento que nos toca vivir, la exhortación *Vita consecrata* nos invita a vivir este misterio de comunión desde la Trinidad:

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, ‘muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo’. La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas. Los ámbitos y las modalidades en que se manifiesta la comunión fraterna en la vida eclesial son muchos. La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a esta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven ‘para’ Dios y ‘de’ Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales (VC 41).

En la medida en que reconozcamos la Trinidad como origen y fuente de nuestra comunidad y aprendamos a ser creadores de comunión, en esa medida seremos signos y profecía del Reino en este mundo ultramoderno. *Vita consecrata* refiere varias afirmaciones que han de suscitar en nosotros el compromiso de vivir en

plenitud la espiritualidad de comunión, de vivir nuestra vida consagrada en la realidad teologal:

En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (VC 42);

La vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina (VC 20);

La vida religiosa es como signo luminoso de la nueva Jerusalén, morada de Dios con los hombres (Ap 21, 3) (VC 45).

Todas estas aseveraciones nos pueden ayudar a vivir con eficacia, como agustinos recoletos, una espiritualidad de comunión.

En definitiva, la comunidad espiritual es la comunión de todos los llamados por Cristo en un carisma específico como el nuestro, que se trasparenta en la caridad fraterna, en el ágape, en el amor desinteresado. Esto implica el servicio fraterno, la actitud de la humildad y el primado de la Palabra de Dios en el corazón de cada uno de los hermanos. Expresa san Agustín en la *Regla*: “Vivid todos en unanimidad y concordia; y honrad los unos en los otros a Dios de quien habéis sido hechos templos” (*reg.* 1, 8). Si queremos ver frutos de vocación en nuestra realidad como Orden, si queremos notar cambio en nuestras comunidades, si queremos percibir que cada una de nuestras vidas es fecunda en nuestros ministerios, hagamos realidad este pensamiento.

II. LO QUE EL ESPÍRITU LE DICE A LAS COMUNIDADES

En este segundo apartado destacamos todos aquellos impedimentos que dificultan una vivencia radical de la espiritualidad de comunión. Servirá como guion el Apocalipsis, del que no haremos ni un análisis exegético ni un acercamiento hermenéutico, sino tan solo una lectura comprometida de algunos versículos que orienten nuestra reflexión y nuestra vida.

a) La Iglesia de Éfeso: una Iglesia que ha perdido el primer amor (cf. Ap 2, 4)¹⁰

Habremos advertido en bastantes ocasiones que esto es lo que nos pasa a muchos religiosos: hemos perdido ese primer amor que nos conquistó en su momento.

¹⁰ “Caminar desde Cristo significa reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento. Suya es la primacía del amor. El seguimiento es solo la respuesta de amor al amor de Dios. Si ‘nosotros amamos’ es ‘porque él nos ha amado primero’ (1Jn 4, 10.19). Eso significa reconocer su amor personal con aquel íntimo conocimiento que hacía decir al apóstol Pablo: ‘Cristo me ha amado y ha dado su vida por mí’ (Gál 2, 20). Solo el conocimiento de ser objeto de un amor infinito puede ayudar a superar toda dificultad personal y del Instituto. Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar el Instituto y abrir nuevos caminos de

Ahora el Espíritu nos incita a que lo avivemos en el corazón. Ante tantas incertidumbres, tantas dudas que puede suscitar este proceso de reestructuración, es hora de volver a nuestra Galilea, al lugar y hora en que el Señor nos cautivó y nos invitó a seguirlo. Le respondimos entonces con mucha ilusión, pasión y ganas; pero, con el paso de los años, este amor se ha venido apagando y obstaculiza la vivencia comunitaria, hace que se pierdan los ánimos de estar juntos y crear comunión.

Es el momento de recuperar ese amor. No de volver atrás con nostalgia, sino de “volver al primer amor para recibir el fuego que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra”¹¹. Si recuperamos ese amor, seguro que arderemos y contagiaremos a nuestros hermanos que han perdido la ilusión de su consagración. Pues el amor es como una hoguera que, dice el refrán, *cuanto más arde, más quema*. Estoy convencido de que lo que nos falta hoy a los agustinos recoletos son más religiosos enamorados de la persona de Jesús y de su proyecto.

Cierro este punto con aquellas palabras del papa Francisco a los religiosos con motivo del *Año de la Vida Consagrada* en el documento *Alegraos*:

Mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo, y pregúntate: ¿Tienes un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o lo has dejado sofocar por las cosas, que acaban por atrofiarlo? Dios te espera, te busca. ¿Qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación de tu alma? ¿O duermes? ¿Crees que Dios te espera o para ti esta verdad son solamente palabras?¹².

Si realmente queremos ser creativos, motivadores de comunidades, tenemos que recuperar el primer amor. Como leemos en *Caminar desde Cristo*:

Las personas consagradas no podrán ser creativas, capaces de renovar el Instituto y abrir nuevos caminos de pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que les hace fuertes y audaces y el que les infunde valor y osadía (CC 22).

b) Iglesia de Esmirna: una Iglesia perseguida y pobre (cf. Ap 2, 8-11)

El Señor conoce nuestras pobreza y nuestros sufrimientos. Aunque seamos ricos, nos invita a permanecer fieles hasta la muerte¹³. Vendrán momentos difíciles a la Orden, mas eso no nos debe asustar. Al contrario, debemos mantenernos fieles a nuestro compromiso como religiosos. Siempre y en cada momento de la historia

pastoral, si no se sienten animadas por este amor. Este amor es el que les hace fuertes y audaces y el que les infunde valor y osadía” (CC 22).

¹¹ Papa Francisco, “Homilía en la celebración de la Vigilia Pascual (19-4-2014)”: <https://www.religionenlibertad.com/vaticano/35120/el-papa-invito-a-todos-a-volver-a-galilea-la-galilea.html>.

¹² Papa Francisco, “Alegraos”: http://www.confer.es/activos/texto/wcnfr_pdf_3294-8ng2ZNIhGseevdUg.pdf.

¹³ Este punto, dirigido a la Iglesia de Esmirna, no tiene que ver con un obstáculo, sino más bien es la consigna para permanecer fiel en la comunidad a pesar de las dificultades que se puedan presentar en los avatares de la vida.

vale la pena dar la vida por Jesús, como nos pide san Pablo: seamos fieles a la vocación a la que hemos sido llamados; no solamente a la vocación, sino también a nosotros mismos, a la Iglesia y al carisma recoleto. Por lo tanto, seamos fieles, porque fiel es Dios:

Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; antes bien, junto con la tentación, os dará también el modo de poder soportarla con éxito (1 Cor 10,3).

Que cada comunidad agustina recoleta sea como la Iglesia de Esmirna, que en su tiempo era una ciudad muy próspera. Aun con todo, muchos de sus miembros estaban marginados socialmente por manifestar que eran cristianos, por seguir a Jesús. El Señor conoce nuestra pobreza y, como a ella, nos recuerda que somos ricos. Esa riqueza no tiene nada que ver con que tengamos mucho dinero o muchas posesiones, sino con poseer nuestro único y gran tesoro, Jesús. Es él quien nos hace ricos. Por él nos tendremos que mantener fieles. Que seamos capaces de vivir en la pobreza y en la riqueza, que no nos dejemos robar el corazón por aquellas cosas materiales que no nos dejan vivir a plenitud nuestra vida como consagrados y, además, dificultan nuestra comunión con los hermanos.

c) Iglesia de Pérgamo: es la Iglesia que tolera la idolatría de Balaam (cf. Ap 2, 18-29)

¿Qué dioses se han metido en nuestras comunidades? Queremos mantenernos fieles a Dios; pero debemos preguntarnos con mucha sinceridad si hemos caído o toleramos alguna clase de idolatría. Puede ser que esté tan escondida que no nos demos ni cuenta de que la hemos puesto en el centro de nuestro corazón –“Donde está tu tesoro ahí está tu corazón” (Mt 6, 21)–. Tal vez hemos adquirido otros caudales que nos han llevado a perder ese primer amor y nos han conducido a la infidelidad.

Muchas veces ponemos nuestra confianza en cosas efímeras, lo que larvadamente puede constituir un acto idolátrico. Sabemos que la idolatría es un pecado; que nuestro Dios, el auténtico, es un Dios celoso que no quiere rivales (cf. Éx 20, 5). En algunos de nuestros comportamientos, por ejemplo, o en nuestra forma de reestructurarnos como provincias, podemos caer en la tentación de quedarnos con las estructuras que reportan más dinero, desprendiéndonos de aquellas que no producen nada, más bien generan gastos. Este actuar denota disimuladamente la idolatría al dinero o a los bienes materiales. Ya el papa Francisco advertía en su mensaje de cuaresma de 2016:

Estructuras de pecado vinculadas a un modelo falso de desarrollo, basado en la idolatría del dinero, como consecuencia del cual las personas y las sociedades más ricas se vuelven

indiferentes al destino de los pobres, a quienes cierran sus puertas, negándose incluso a mirarlos¹⁴.

Este párrafo es suave comparado con esta otra frase del mismo Papa:

La idolatría del dinero es el estiércol del demonio. Cuando el dinero se vuelve un ídolo para el hombre, controla sus decisiones y entonces lo arruina y lo condena¹⁵.

¡Cuidado con el dinero! No se puede servir a Dios y al dinero, dice el Señor (cf. Lc 16,13). Con estas actitudes nos comportamos como unos ateos practicantes, ya que no nos fiamos de la providencia, sino que ponemos toda nuestra esperanza en el dios dinero.

Ahora bien, esto no solo se aplica al dinero. Hay otras cosas, nuestros pequeños dioses, que se han metido en la comunidad y en el corazón de algunos hermanos. El fútbol, la política, los medios de comunicación (internet, teléfonos móviles...). ¡Cuánto tiempo invertimos en ellos y dejamos a un lado las principales necesidades del pueblo de Dios! Y lo más triste, perdemos esa comunión con los hermanos, porque ya no nos damos ese espacio para estar con ellos, porque invertimos más tiempo en Internet que en cultivar la comunidad. Es por eso que la idolatría a estas cosas entorpece la espiritualidad de comunión.

d) La Iglesia de Tiatira: una Iglesia que ha cedido ante el mal (cf. Ap 2, 18-29)

El Señor conoce nuestro corazón, nuestras intenciones y nuestro espíritu de servicio. Nos dice como a la comunidad de Tiatira: “Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia; tus obras últimas sobrepujan a las primeras” (Ap 2, 19). Pero también nos echa en cara que hemos cedido ante el mal.

Quizás en nuestras comunidades puede pasarnos que nos quedemos en que todo va mal, que ya no se puede hacer nada, aquí o allá, porque todo está acabado. Sin embargo, existen otros muchos males que se nos cuelan sin percibirlos y que darán al traste con la vida fraterna. Preguntémonos cada uno qué mal aqueja nuestro corazón y no nos deja ser constructor de comunidad. Mencionemos, por ejemplo, el chisme, la soberbia, el clericalismo, la envidia, el individualismo, la tentación de compararnos con los demás, la comodidad... La lista podría ser larguísima. Todos estos son trastornos que, si están en nuestras comunidades, destruyen la comunión. Nos alejan, nos dispersan, nos tornan autorreferenciales y ensimismados.

¹⁴ Papa Francisco, “Mensaje para la cuaresma de 2016”: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/lent/documents/papa-francesco_20151004_messaggio-quaresima2016.html

¹⁵ <https://www.pildorasdefe.net/noticias/Idolatrar-dinero-es-estiercol-demonio-Papa-Francisco>.

e) La Iglesia de Sardes: una Iglesia que duerme (cf. Ap 3, 1-6)

Es hora de despertarnos del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada, el día se echa encima... (Rom 13, 11b-12).

Palabras de san Pablo a los Romanos, que preceden al texto clave que ayudó a nuestro padre a convertirse, a vivir la vida cristiana con entrega y pasión. Es por eso que estas palabras tienen que resonar en nuestras comunidades y en el corazón de cada uno de nosotros para que nos despertemos de tantos acomodamientos y rutinas que van matando nuestra vida en comunidad. Tenemos que estar vigilantes, vivir en esperanza. Cuando perdemos la esperanza, nos adormecemos y nuestra existencia pierde sentido paulatinamente. El acomodamiento y la inercia no nos dejan crear comunión, porque hacemos las cosas tan mecánicamente que no cala en el corazón de los hermanos. Así que es hora de desperezarnos y de vivir con ilusión nuestra vida.

En la actualidad, muchas cosas nos seducen, cautivan y diluyen, por tanto, el primer amor. Si no cuidamos nuestra vocación, seremos infieles a Dios. Vigilar es, antes que nada, despertar de la insensibilidad. Vivimos con el sueño de ser auténticos religiosos, pero muchas veces nuestras actitudes y modelos vitales difieren considerablemente de los de Jesús. Tenemos que despertar, ya que, si seguimos anclados en la ley de la conveniencia, nos engañaremos tontamente. Vigilar no consiste solo en cuidar mi vocación, sino también en prestar atención a la realidad: escuchar los gemidos de los que sufren, el clamor de los hermanos olvidados. Sin esta sensibilidad, no es posible caminar tras los pasos del Kenotizado.

Estamos llamados a ser centinelas y esto nos debe ayudar a despertar de la indiferencia, la pasividad y el descuido con que pactamos con frecuencia. Para vivir nuestra consagración de manera consciente, hemos de redescubrirla continuamente, conocerla a fondo, confrontarla con la vida, agradecerla y tratar de vivirla con todas sus consecuencias. Si vivimos así, estaremos capacitados para construir comunidad. El quedarnos dormidos, por el contrario, es y será siempre una traba para desarrollar la ansiada espiritualidad de comunión. Como dice José Antonio Pagola:

“Lo importante para vivir despiertos es caminar más despacio, cuidar mejor el silencio y estar más atentos a las llamadas del corazón. Pero, sin duda, lo decisivo es vivir amando. Solo quien ama vive intensamente, con alegría y vitalidad, despierto a lo esencial”. Seamos bienaventurados, porque el Señor nos ha encontrado despiertos: “Dichosos aquellos a quienes los encuentre en vela”¹⁶.

¹⁶ José Antonio Pagola, “Despertar”: <http://iglesiadesopelana3.blogspot.com/2016/08/07-08-2016-19-domingo-tiempo-ordinario-c.html>.

f) Iglesia de Filadelfia: una Iglesia pequeña, pero fiel (cf. Ap 3, 7-13)¹⁷

Ya el nombre de esta Iglesia resulta significativo: *amor a la fraternidad*. Como vemos, no todo es negativo, ya que con esta Iglesia el Señor tiene palabras de ánimo:

He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar, porque, aunque tienes poco poder, has guardado mi Palabra y no has renegado de mi nombre... También yo te guardaré (Ap 3, 8.10).

El Señor conoce todo lo nuestro. Esta Iglesia, como su nombre indica, puede darnos la clave para vivir la unidad, la fraternidad. La unidad se concreta en cada una de las comunidades cuando amamos a los hermanos... ¡de verdad! No podemos aborrecernos unos a otros, sino amarnos. Tanto la Escritura como la *Regla*, la *Forma de vivir* o las *Constituciones* nos exhortan a practicar el amor fraternal como un medio para conocer a Dios y como una práctica del amor divino.

El amor a la fraternidad se puede presentar como *odres nuevos*, en máxima de José Carballo, porque cada día tenemos que ir construyendo la comunidad. Cuando asumimos con realismo nuestra vida, cuando vivimos con responsabilidad nuestra consagración, cuando favorecemos la libertad y el diálogo entre los hermanos, cuando nos mantenemos abiertos al soplo del Espíritu, cuando, desde un proyecto de vida y misión compartidos, existimos en salida hacia las periferias, en misión a los de cerca y a los de lejos, sin replegarnos sobre nosotros mismos: estas cosas y muchas más son las que van cultivando el amor a la fraternidad.

La clave para vivir la espiritualidad de comunión radica aquí: en el amor fraterno. La raíz de la vida fraterna es la caridad, poéticamente plasmada en la *Forma de vivir*: “Nuestro blanco es el amar a Dios, y del amor de Dios nace la caridad con el prójimo” (FV 1, 1). Todos los documentos que nos caracterizan como agustinos recoletos están plagados de referencias sobre el amor a la fraternidad. Es el momento oportuno para que llevemos a la práctica en cada una de las comunidades toda esa literatura. Si queremos más claves para vivirlo, destaco algunas del papa Francisco:

(El amor, de hecho), escucha y responde, el amor se realiza en el diálogo, en la comunión, se comunica... El amor es concreto, está más en las obras que en las palabras... Si yo digo que amo y no sirvo al otro, no ayudo al otro, no lo hago ir hacia delante, no me sacrifico por el otro, esto no es amor¹⁸.

Si vivimos en clave de amor, seremos uno y, si somos uno, el mundo creará en nosotros, como dice san Juan: que *seamos uno para que el mundo crea*. El documento *La vida fraterna en comunidad* glosa esta intuición joánica:

¹⁷ Es la otra Iglesia que no tiene ninguna connotación negativa, sino que más bien revela la vivencia de la espiritualidad de la comunión, como su mismo nombre indica: amor a la fraternidad.

¹⁸ Papa Francisco, “Discurso a los jóvenes en Turín”: <http://www.siguiendosushuellas.com/?p=1058>.

Al mismo tiempo que el Señor envía a sus discípulos a predicar el Evangelio a toda criatura, los llama a vivir unidos para que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre, al que se debe prestar la plena adhesión de la fe. El signo de la fraternidad es, por lo mismo, sumamente importante, porque es el signo que demuestra el origen divino del mensaje cristiano y posee la fuerza para abrir los corazones a la fe. Por eso toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común (VFC 54).

g) Iglesia de Laodicea: una Iglesia tibia (cf. Ap 3, 14-22)

El Señor rechaza la mediocridad, el conformismo, la acedia¹⁹ y la cultura mediática. Todas estas actitudes paralizan la espiritualidad de comunión. La mediocridad es el estado más peligroso de la vida espiritual. Puede ser muy fácil incurrir en ella, porque nos conformamos con lo mínimo, nos quedamos en el ‘ya vale’ y nos adaptamos al monótono ritmo de lo conocido, ya en nuestra provincia, ya en nuestra comunidad local. Contra la acedia nos previene García Paredes:

Es un virus que se nos inyecta en el alma. Síntomas de infección son: flojera, pérdida de tensión en el alma, sensación de vacío, aburrimiento, desgana, incapacidad de concentración, ansiedad del corazón, falta de esperanza. Llega precedida de la ‘tristeza’ y la ‘agresividad’. Llega después de un deseo frustrado (tristeza) y después de encenderse, se convierte en ira. Quien tiene el virus de la acedia manifiesta un vacío interior y una inquietud y desasosiego, que le lleva a desear el cambio, a buscar compensaciones: ¡cambiar de casa, de trabajo, de amistades, de compañías, de instituto religioso, de matrimonio o abandonar la propia vocación, o entregarse a la concupiscencia de los ojos – uso de la pornografía–! Quien está afectado por la acedia no acaba los trabajos emprendidos²⁰.

Se nota en muchas comunidades esa dejadez, donde no queremos hacer nada. Como dice san Pablo, “hay unos que andan tan ocupados en no hacer nada” (2Tes 3, 11). ¡Pongamos manos a la obra que, si nos ponemos a trabajar, recobramos la ilusión y la pasión! Pero, si nos abandonamos a nosotros mismos, llegará de nuevo la flojera, la tibieza, y eso desemboca en la mediocridad. El mediocre no entiende ni comprende la radicalidad del evangelio. ¡Cuántas veces hemos escuchado en nuestras comunidades frases como esta: “Ya me cansé. Ahora que trabajen los demás. Ya están abusando de mí porque soy el más joven de la casa”!

Para concluir este apartado, me recopilé todos aquellos estorbos que no nos permiten vivir una espiritualidad de comunión: el primero es la pérdida del primer amor; el segundo, la idolatría; el tercero, estar dormido; el cuarto, permitir el mal; el quinto, la mediocridad. Las Iglesias del Apocalipsis son siete, pero dos de ellas

¹⁹ El Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium*, la presenta como un vicio paralizante que ataca a los evangelizadores. Produce un “inmediatismo ansioso”. Quiere obtener resultados pastorales inmediatamente. No aguanta la espera que requieren los procesos. Las personas atacadas por la acedia (laicos y sacerdotes) se obsesionan por preservar “su tiempo”. No están dispuestas a perder el tiempo y, por eso, para nada se puede contar con ellas. Revisten su vida de un “gris pragmatismo”. Se apegan a una “tristeza dulzona, sin esperanza”, que es el “elixir del demonio” (EG 83). La acedia vuelve a los evangelizadores “pesimistas quejosos y desencantados” (EG 85). La acedia genera desiertos espirituales, ambientes áridos.

²⁰ J. C. R. García Paredes, “Acedia: tristeza sin esperanza que socava el gozo del evangelio”: <http://www.xtorey.es/?p=2825>.

brindan destellos de esperanza: la fidelidad de Esmirna y el amor a la fraternidad de Filadelfia. En definitiva, si estudiáramos más detenidamente estas siete Iglesias, percibiríamos que nos encontramos con un proceso de decadencia y otro de restauración, realidades afines a la historia de nuestra Orden. Ahora, en el momento en el que nos encontramos, ¿por qué proceso optamos?

III. A LA LARGA (Y A LA CORTA), VIVEN SIN CONOCERSE²¹

Aunque en el apartado anterior se han insinuado algunas pistas, en el presente se plantean ciertas claves que ayudan a vivir la espiritualidad de comunión, tarea en absoluto sencilla, como dice García Paredes²². Posiblemente estas propuestas ya se dan en algunas comunidades; pero quizás en otras hace falta recordarlas.

No se trata solo de tener encuentros por tenerlos, porque, si miramos el PVM, ya hemos concretado alguno semanal, sin contar los momentos de recreación. Hemos venido a la vida religiosa a encontrarnos, no a perdernos, a pesar de los encontronazos casuales que tengamos con los hermanos. Además, el encuentro, cuando es sincero y profundo, nos motiva para ser creativos, nos anima para afrontar la vida diaria, nos inyecta pasión por las cosas, nos permite intimar con algunos hermanos, nos proporciona gozo y armonía interior, nos llena de entusiasmo y prodiga en nosotros la realización de detalles positivos para la vida fraterna. Así que el gran reto se resume en ser constructores de comunión y promotores de encuentros.

a) Existencia desprendida y lógica del don

La espiritualidad de la comunión requiere vivir con *generosidad* nuestra consagración. Dicha generosidad nos lleva a concebir en nosotros una actitud de permanente apertura a los otros, no con el afán de dominarlos, sino de enriquecernos mutuamente. De hecho, el término *generosidad* “procede de *generare*, engendrar, generar. Es generoso el que genera vida en otras personas, estableciendo con ellas relación de encuentro”²³. Es decir, la generosidad inspira las condiciones de encuentro. Con la sensibilidad que lo caracteriza, el papa Francisco invita a toda la Iglesia a construir una cultura de encuentro. Nosotros, los agustinos recoletos, que tenemos en nuestro ADN la fraternidad, tendremos que ser expertos en propiciar dicha cultura, para lo que hemos de ser generosos.

²¹ La frase completa es de esta manera: “Se juntan sin conocerse, viven sin amarse, mueren sin llorarse”, y se le atribuye a Voltaire (cf. J. Bonet, *Teología del gusano. Autoestima y evangelio*, Sal Terrae, Santander 2000, 165).

²² “La comunión está siempre en marcha, en construcción... La comunidad es entonces un ser frágil y vulnerable que, entre todos damos a luz, o entre todos amenazamos de muerte, matamos, o entre todos revivimos, renacemos” (J. C. R. García Paredes, *Otra comunidad es posible*, Publicaciones Claretianas, 2018, 50).

²³ A. López Quintás, *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2009, 49.

Además, el ser generosos reclama estar con las manos abiertas para socorrer al hermano necesitado. Es generoso quien, ante las necesidades de la comunidad, se da; el que es como aquella viuda del evangelio que ofrece lo poco que tiene (cf. Lc 21, 2); el que es capaz de darse desde su pobreza. En pocas palabras, la generosidad ayuda a transformar el fondo del corazón, transformación que permite construir comunión.

Ahora bien, no podemos reducir la generosidad a dar solo cosas materiales que nuestro hermano necesita. Consiste también en brindarle nuestro tiempo, escucharlo cuando tenga que compartir su historia; aceptarlo tal y como es. La espiritualidad de comunión se forja cuando participamos nuestra vida, nuestro trabajo, nuestros dones; cuando compartimos los bienes y la misión con los laicos; cuando somos solidarios y hospitalarios.

b) Mirar con las pupilas divinas

La espiritualidad de comunión es, asimismo, esa capacidad de *ver ante todo lo que hay de positivo en los otros*, para así valorarlo como regalo de Dios. ¡Ellos son un don de Dios! No fuimos cada uno de nosotros los que elegimos a nuestros hermanos para vivir con ellos. Es Dios quien nos los ha dado como un regalo, para que juntos construyamos comunidad y dejemos de buscar al fraile perfecto que nunca encontraremos. Entre todos sí podremos destacar las virtudes y los dones de cada uno de los integrantes de la comunidad, y así advertiremos al fraile más perfecto que es la comunidad en sí, sin idealizarla.

c) La ética del cuidado

La espiritualidad de comunión exige *cuidar los unos de otros*, que difiere bastante de encubrirnos. El cuidado requiere de la corrección, que hay que realizar a tiempo y con caridad. Mucho se ha escrito sobre la corrección fraterna; pero, a la hora de practicarla, nos cuesta mucho. Unas veces, por miedo a perjudicar al hermano, a que se sienta mal o a herirlo; otras, por excesivo celo de salvaguardar su libertad y su responsabilidad. Sin embargo, es mejor corregir a tiempo, para que el mal no se apodere del hermano y, por lo tanto, de la comunidad.

Muchas veces caemos en la trampa de poner dificultades al hermano para que no avance en su vida. Es tiempo de dejar a un lado dichas trampas y asumir la actitud de cuidarnos unos a otros, de llevar los unos las cargas de los otros, como les recomienda san Pablo a los gálatas (cf. Gál 6,2). Dejemos a un lado la competitividad. El papa Francisco pide que tengamos vocación de custodios²⁴: si

²⁴ El papa Francisco, al inicio de su pontificado, nos invitaba a cuidarnos unos a otros como hermanos en humanidad: “Pero la vocación de custodiar no solo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno

mi hermano es un don de Dios, tengo que custodiar en él los dones de Dios. No olvidemos que en cada uno está impresa la Trinidad: somos imagen de Dios, hermanos en el Hijo y templos del Espíritu Santo. Contemplemos, por tanto, a los hermanos con *ojos sacramentales*²⁵. Si los vemos así, serán medio de santificación.

d) Integración de la diversidad

La espiritualidad de comunión se da cuando *se respeta a la persona y se sabe vivir en las diferencias*, sin pretender replicar a todos los integrantes de una comunidad en una estructura predeterminada que, a la postre, resulta uniformadora. No somos clones. Somos diversos y entre todos buscamos la unidad, la unidad en la diversidad. Gracias a Dios, en la Orden confluyen diversas culturas y cada una aporta al tesoro común su ritmo y su estilo. Cada cultura, a su vez, cuenta con una pluralidad de tradiciones que exige crear y recrear una ‘cultura congregacional’ que facilite la interacción de todas las personas en un mismo marco institucional.

Si somos capaces de respetar cada cultura, crearemos comunión. Los agustinos recoletos no debemos temer la pluralidad ni la diversidad, sino la uniformidad. Como se vio en el primer apartado, el Espíritu es dinámico y plural, exige diálogo y encuentro, aceptación de lo distinto para construir y no destruir. Por ello el Espíritu es agente de comunión, porque esta solo se logra donde hay diversidad. Como expresa García Paredes:

La comunión no consiste en someterse todos a la voluntad de uno, sino en unificar todas las voluntades. Lo primero es más fácil, más efectivo; lo segundo requiere el arte y el sufrimiento de la comunión: “Si todo fuera un miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo? ¡Muchos son los miembros, pero uno el cuerpo!” (1Cor 12, 19-20)²⁶.

En este proceso de reestructuración, estamos llamados a convertir la experiencia de lo diverso en cauce de convivencia. Urge hoy en nuestras comunidades pasar de una uniformidad imposible a una comunión en la diversidad retadora, enriquecedora y creativa.

en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios. Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen ‘Herodes’ que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer” (Papa Francisco, “Homilía en la imposición del palio y entrega del anillo del pescador (19-3-2013)”: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130319_omelia-inizio-pontificato.html.

²⁵ Cf. J. C. R. García Paredes, *Otra comunidad...* 68.

²⁶ J. C. R. García Paredes, *Otra comunidad...* 53-54.

e) Estructuras de confianza y confidencia

La espiritualidad de comunión se alcanza propiciando ámbitos de *sinceridad o veracidad*. Hemos de vivir la comunidad con transparencia, siendo sinceros con nosotros mismos y con la comunidad. Si nos andamos con mentiras, difícilmente haremos de nuestra comunidad ese hogar que facilite el desarrollo personal, porque, “cuando la confianza se pierde, las palabras y las promesas no tienen ya sentido”²⁷. Sin la transparencia de la verdad, las personas se tornan mediocres. Si somos transparentes y sinceros, si andamos en la verdad, por el contrario, alentamos un clima de confianza, que lleva de la mano la confidencia entre los hermanos y posibilita vivir en autenticidad, compartiendo nuestras alegrías, sufrimientos, deseos... Y eso genera armonía.

Todo el que es de la verdad, escucha la voz de Dios, como Jesús. Él no solo dice la verdad, sino que la busca y plasma a través de las huellas de un mundo más humano. Porque la mentira esclaviza y distorsiona nuestros contornos. Por nuestra condición de consagrados, tenemos que testimoniar la fuerza humanizadora de la verdad. Debemos, cada uno de nosotros, ser testigos de la verdad²⁸, no falsos profetas.

f) La caricia de la mirada

La espiritualidad de comunión se da cuando *vivimos bajo la mirada del otro*. ¡Qué triste es vivir aislado de la comunidad, cuando nuestros hermanos no nos miran, porque ya estamos mayores o porque no ejercemos ningún ministerio! Apartar la mirada del hermano es una forma de marginarlo, de excluirlo. Las miradas de Jesús, por el contrario, incluyen en el círculo social, e incluso tornan como epicentro de la acción salvífica a aquellos hombres y mujeres desplazados por la comunidad legal. Eran miradas de ternura y misericordia que creaban comunión.

La mirada amable genera vida. Muchas veces podemos devolver la ilusión y las ganas de vivir a nuestros hermanos mayores y enfermos con una simple mirada de ternura, de confianza, de amor. Nuestras miradas hacen que se sientan amados, parte activa de la comunidad. Lo quieras o no, esto genera vida en los hermanos y en la comunidad.

²⁷ J. C. R. García Paredes, “Comunidad (algunos apuntes)”: <http://www.xtorey.es/?p=2876>.

²⁸ Nuestro compromiso como discípulos de Jesús es andar en la verdad, pero no solamente para provecho propio, sino para defender a los pobres. No tolerar las mentiras o el encubrimiento de las injusticias. No disimular las manipulaciones, no ser cómplices de tantas mentiras e injusticias, tenemos que ser “voz de los sin voz, y voz contra los que tienen demasiada voz” (J. Sobrino, “¿Es Jesús buena una buena noticia?: *Sal Terrae* 81 (1993) 603). Si queremos oír la voz de Jesús para quedarnos como perros mudos, mejor no seguirlo; y si seguimos esa voz que nos llama a dejarlo todo por él, es para que caminemos en la verdad y denunciemos la mentira.

g) El arte de la comunicación

La espiritualidad de comunión se da en la *comunicación mutua*. La comunicación es la llave para crear comunión. En esta sociedad de la información, disponemos de más medios para comunicación, pero el caso es que nos comunicamos menos y, lo poco que lo hacemos, no nos comunicamos cara a cara, sino de WhatsApp a WhatsApp. En la época de la información, estamos más informados que comunicados, y la información no tiene por qué desembocar en comunión. Necesitamos comunicarnos cordialmente para darnos a los hermanos. Precisamos de una comunidad de más diálogo, de más escucha y de más *face to face*.

El diálogo es de suma importancia en la vida fraterna. Si no dialogamos, no creamos comunión. Hace ya más de veinte años el documento *La vida fraterna en comunidad* ponía el dedo sobre esta dolorosa llaga:

En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los religiosos de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad. En algunas comunidades se lamenta la escasa calidad de la comunicación fundamental de bienes espirituales: se comunican temas y problemas marginales, pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida consagrada (VFC 32).

Requerimos conocernos mejor para que nos amemos más. Si no llegamos a conocernos, nunca nos amaremos como hermanos. Para eso tenemos que practicar el diálogo sincero y fraterno.

h) La mística del fuego lento

La espiritualidad de comunión demanda *paciencia*, que no ha de confundirse con aguantar situaciones incómodas en la comunidad, sino con la apertura de mente que integra los cambios naturales que puedan surgir. Muchas veces nos ahogamos poco a poco porque nos asalta el síndrome apocalíptico: queremos resultados inmediatos. Cuando nos toca compartir la existencia con un nuevo hermano, no tenemos paciencia con él: queremos que se adapte como por arte de magia al ritmo de los demás lo antes posible. No dejamos tiempo para que el fuego moldee toda la estructura comunitaria, de forma que no solo él se adapte al ritmo, sino que toda la comunidad adquiera un ritmo nuevo propiciado por todos los hermanos.

i) El germen de la sencillez

La espiritualidad de comunión se da cuando *vivimos desde la sencillez*. Ya nos hemos referido a vivir en la verdad y ahora es el momento de recordar que esta forma de vida solo se logra con mucha dosis de humildad. Tendemos a ser demasiado autosuficientes y nos construimos castillos con cimientos de barro,

rechazamos nuestras limitaciones y vivimos, como dice el papa Francisco, como auténticos pavos reales²⁹.

La persona sencilla está dispuesta a dar y recibir. Hemos de dejar a un lado la vanidad, la auto-referencialidad. El religioso sencillo nunca se siente amenazado por las cualidades de los hermanos. Tenemos desterrar el triunfalismo, que no es propio de un agustino *recoleta*. Así como la vida es sencilla, así tenemos que ser cada uno de nosotros. Desde la humildad, desde la sencillez, crearemos comunidad, porque cada uno reconocerá sus virtudes y sus fragilidades, y las pondrá al alcance de todos en el compartir diario de la existencia.

En conclusión, si vivimos nuestra vida religiosa con generosidad, destacando las virtudes positivas de los hermanos, custodiándonos unos a otros, respetando a la persona o sabiendo vivir en las diferencias, enarbolando la bandera de la sinceridad y veracidad, estando siempre en el campo de visión del otro, comunicándonos mutuamente, compartiendo la misión y siendo sencillos, estaríamos haciendo realidad el deseo de Jesús: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21); y también encarnando el ideal de nuestro padre san Agustín: “Una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios” (*reg.* 1, 2).

IV. CONCLUSIONES

Dicen que nuestro padre, maestro de profesión y por vocación, empatizaba con sus alumnos proporcionándoles continuamente resúmenes de lo que discutían³⁰. Quisiera así también resumir lo dicho en estas páginas, aunque pareciera resultar cansino.

1. Hemos sido creados por Dios para la comunión. La voluntad del Hijo es que seamos uno como el Padre y él son uno. Además, ha venido a unir a los hijos que estaban dispersos. El Espíritu Santo irrumpe en nuestras comunidades para crear la comunión en la diversidad. Por ello, en este tiempo de restructuración en el que nos toca vivir en nuevas comunidades y con hermanos de otras provincias, hagamos realidad el deseo de Jesús de ser uno (cf. Jn 17, 20-26).

Este deseo no es de índole ni moral ni psíquica. La comunión que anhela para su Iglesia se da en él: “Ellos en mí, como yo en ti”. Quienes vivimos unidos a Jesús, vivimos unidos a los hermanos, y esa comunión con los hermanos es mucho más fuerte que la unidad biológica. Quien nos concede esta unidad es el Espíritu Santo,

²⁹ Cf. Papa Francisco, “Quien tiene sitio en la Iglesia”: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2014/documents/papa-francesco_20140505_quien-tiene-sitio-iglesia.html.

³⁰ Cf. E. Eguiarte Bendímez, “*Hilarem datorem*. La empatía del maestro con el alumno según san Agustín”: AA. VV., *El arte de acompañar en la escuela agustiniana*, FAE, Madrid 2019, 28.

que cada uno de nosotros ha recibido en el bautismo. Ya que todos lo poseemos, se debe notar en las comunidades esa comunión auténtica, no superficial, que nos haga testimoniar el evangelio, de manera que digan de nosotros lo que Tertuliano decía de las primeras comunidades: “Mirad cómo se aman”³¹.

La vida fraterna en comunidad está pidiendo que los consagrados cultiven asiduamente la espiritualidad de comunión y se rijan por la ley de la comunión, hasta ser expertos de fraternidad.

2. En el día a día de la vida comunitaria existen muchos obstáculos que dificultan, e incluso impiden, desarrollar la espiritualidad de comunión. Estas limitaciones no dejan cabida a la novedad del Espíritu. Perpetúan estructuras rígidas que no permiten el crecimiento de los hermanos, los infantilizan y no los dejan crecer en libertad, ahogando su espíritu creativo.

3. Pero también son muchas las pistas que ayudan a ser constructores de comunión, que permiten amarlos más, comprenderlos mejor y desterrar de nuestro interior aquellos miedos que nos cierran a los demás y reprimen ese diálogo profundo de corazón a corazón que posibilita el conocimiento mutuo y la confianza.

4. Para generar en nuestras comunidades esta espiritualidad de comunión hay que trabajar la acogida y la atención recíproca, la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna y el respeto por los más débiles. En una palabra, debemos albergar en nosotros una actitud de continua conversión.

5. La reestructuración ya está en marcha. Nos toca subirnos o quedarnos en tierra. Todo dependerá de cada uno de nosotros y de Dios, porque, si el Señor no construye la comunidad, en vano se cansan los agustinos recoletos (cf. Sal 127,1).

ANEXO³²

Haz que nuestra fraternidad sea un manantial
que siga corriendo y vitalice toda nuestra vida.

Haznos una comunidad alegre.

Señor Jesús, haznos una comunidad abierta, confiada,
invadida por el gozo del Espíritu Santo.

Una comunidad entusiasta, que sepa cantar a la vida,
vibrar ante la belleza, enternecerse ante el misterio
y anunciar el Reino del amor.

³¹ Tertuliano, *El Apolológico*, Ciudad Nueva, Madrid 1997, 149: 39,7.

³² Oración de Ángel Sanz Arribas, tomada de un artículo J. M^a. Guerrero publicado en la revista *Testimonio*.

Haznos una comunidad alegre.
Que llevemos la fiesta en el corazón,
aunque sintamos la presencia del dolor en nuestro camino,
porque sabemos, Cristo Resucitado, que tú has vencido el dolor y la muerte.
Haznos una comunidad alegre.
Que no nos acobarden las tensiones
ni nos ahoguen los conflictos que puedan surgir entre nosotros,
porque contamos –en nuestra debilidad–
con la fuerza creadora y renovadora de tu Espíritu Santo.
Haznos una comunidad alegre.
Regala, Señor, a esta familia tuya
una gran dosis de buen humor
para que sepamos desdramatizar las situaciones difíciles
y sonreír abiertamente a la vida.
Haznos una comunidad alegre.
Haznos expertos en deshacer nudos y romper cadenas,
en abrir surcos y en arrojar semillas.
Y mantener viva la esperanza.
Haznos una comunidad alegre
Y concédenos que, humildemente,
en nuestro mundo abatido por la tristeza,
seamos testigos y profetas de la verdadera alegría. Amén.

FR. WILMER MOYETONES OAR
*Convento Noviciado
Monteagudo (Navarra, España)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA